



La Trama de la Comunicación

ISSN: 1668-5628

latramaunr@gmail.com

Universidad Nacional de Rosario
Argentina

Morresi, Zulema

Georg Simmel: aportes para pensar el devenir cultural

La Trama de la Comunicación, vol. 12, 2007, pp. 85-95

Universidad Nacional de Rosario

Rosario, Argentina

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=323927062007>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Georg Simmel: aportes para pensar el devenir cultural

Por Zulema Morresi

Profesora de Perspectivas Sociofilosóficas y Sociología Sistemática, Facultad de Ciencia Política y RRLL.
Universidad Nacional de Rosario

Sumario:

En este trabajo se aborda el concepto de cultura elaborado por Georg Simmel, haciendo un recorrido por distintas obras donde el autor refiere al tema. Se destaca la complejidad de este concepto que contempla aspectos subjetivos y objetivos. Se toman en consideración los siguientes temas: - La producción como la asimilación de la cultura. - La incidencia de la interacción social en la generación de estilos de vida. - La contraposición entre cultura subjetiva y cultura objetiva que conduce a lo que Simmel denomina "Tragedia de la cultura". - Los efectos que producen la economía monetaria y la división del trabajo en las formas culturales.

Summary:

This article refers to Georg Simmel's concept of *culture*, tracing the different works in which the author analyses this subject. The complexity of this concept is emphasized as it concerns both subjective and objective aspects. The themes that are considered in this paper are: Production as the assimilation of culture. The incidence of social interaction in the generation of ways of living. Subjective culture against objective culture; in terms of the author, the *tragedy of culture*. The effects of monetary economy and the division of labour in relationship to cultural forms.

Descriptores:

Simmel - Cultura subjetiva - Cultura objetiva - Estilo de vida
- Tragedia de la cultura.

Describers:

Simmel - Subjective culture - Objective culture - Ways of living
- Tragedy of culture.

Este artículo trata el concepto de cultura elaborado por Georg Simmel y la relación que el autor establece entre cultura subjetiva y cultura objetiva. Dicho concepto, está ligado a las ideas que elabora sobre la "tragedia de la cultura", cuya primera formulación se encuentra en su obra *Filosofía del Dinero* (1900), y que luego desarrollará en ensayos posteriores como *De la esencia de la cultura* (1908); *Transformaciones de las formas culturales* (1916) y *El concepto y la Tragedia de la cultura* (1917).

La producción de Georg Simmel aún no ha sido suficientemente divulgada en nuestro medio. Resulta interesante analizar sus trabajos sobre este tema porque, en primer lugar aportan ideas críticas que nos permiten pensar la riqueza de las formas culturales, y en segundo término, forman parte del sustrato de muchas producciones posteriores sobre la temática. Más allá de su influencia en las obras de discípulos reconocidos como Ernst Bloch y György Lukacs, encontramos en muchas producciones posteriores huellas de sus formulaciones.

Este artículo consta de tres apartados: el primero, donde se aborda la noción de cultura elaborada por el autor; el segundo, que trata sobre la contraposición entre cultura subjetiva y cultura objetiva; y el tercero donde, a modo de conclusión, se producen algunas reflexiones sobre el alcance de esta propuesta teórica.

1. La noción de cultura en Simmel: Entre la vida y las formas

¿En qué radica la diferencia entre naturaleza y cultura? Cualquier desarrollo de la vida natural, humana o vegetal, no implica cultura. Para producir cultura deben intervenir la voluntad y el intelecto; modificando la línea natural, de eso se trata cultivar; el peral silvestre (al que recurre el autor para ejemplificar su explicación), con la intervención del hombre adquiere características nuevas que estaban contenidas en su naturaleza como potencialidades y fueron desarrolladas con la intervención de un factor externo. Hay una diferencia entre cultivar y realizar un trabajo cultural.

Si construyo algo con el tronco de un árbol, fabrico un producto artificial que no estaba contenido en su núcleo originario, vale decir que no estoy cultivando. Por lo tanto no toda modificación del medio supone generar cultura.

Sólo el alma humana contiene en su esencia las posibilidades de su desarrollo, por eso el hombre es el auténtico portador de cultura, el resto de los seres de la naturaleza pueden ser cultivados, pero su desarrollo no está contenido en su propia teleología. Siguiendo la tradición kantiana, para el autor la cultura está ligada a la sensibilidad, a la estética, pertenece al plano del gusto.

El hombre es un ser "pre- formado", con energías a liberar, encierra en su interior un plus, unas posibilidades que van más allá de lo que manifiesta. Su personalidad se despliega y desarrolla en el proceso de la vida, siempre está entre el pasado y el futuro; la misma está trazada con "líneas invisibles" que con el transcurrir de la vida se irán realizando como "pura realidad". Cultivarse supone enriquecer las potencialidades subjetivas.

Simmel distingue al hombre cultivado, quien despliega sus capacidades tendiendo al perfeccionamiento de su "yo global", del hombre culto, que acumula conocimientos como quien apila objetos.

En cuanto a la relación del hombre con la cultura, señala la existencia de dos individualidades extremas: el estilista, hombre encerrado en sí mismo, que busca la auto-perfección en su vida íntima, indiferente al mundo exterior; y el especialista que acumula conocimientos dentro de un área particular, de forma parcializada, sin que estos conocimientos perfeccionen su propia personalidad. En el primer caso el acento está puesto en la cultura subjetiva y en el segundo en la cultura objetiva.

La cultura subjetiva está constituida por todos los elementos que contribuyen al enriquecimiento interior del individuo. La cultura objetiva engloba las creaciones espirituales, que nacen de prácticas sociales y se cristalizan adquiriendo autonomía, como la ciencia, la religión, el derecho, la burocracia, la moral, el arte, la

técnica, entre otras.

El autor habla de "más vida", cuando se refiere al sujeto que se enriquece; y "más que vida" cuando alude a la cultura objetiva, que surge de la vida pero la trasciende al independizarse.

Esta forma de pensar la cultura, ligada a atributos internos naturalmente desarrollados, como fin en sí misma, es propia de la tradición alemana, en contraposición a la civilización, que remite a la modernización, al desarrollo técnico. La civilización es aquello artificialmente construido, producciones que funcionan como medios para lograr determinados fines. La posición conservadora frente a los avances técnicos es compartida por los alemanes del S. XX, si bien no es nueva, en este siglo opera como reacción frente a las transformaciones generadas por la modernización que se está produciendo en Europa. Esta visión de la cultura, un tanto nostálgica, en Simmel adquiere una dimensión trágica, ya que el autor encuentra en las producciones del alma subjetiva una potencialidad, que una vez liberada, pierde la ligazón con el yo; es más, ejercen un dominio sobre él. En este sentido, es claro que la visión escéptica del autor está relacionada con esta experiencia de la modernidad en cuanto forma de intercambio social y de desarrollo técnico.

Ahora bien, si nos remitimos a la contraposición entre civilización y cultura, el planteo simmeliano no se corresponde con dicha dicotomía. Si bien considera al concepto de cultura como "cultivar", incluye en la cultura objetiva aspectos que forman parte de la civilización. Para Simmel, tanto la técnica como la religión son productos del espíritu subjetivo y adquieren un carácter autónomo. Vale decir que lo trágico es que todas las formas culturales en la sociedad moderna, por la división del trabajo y la especialización, terminan estando del lado de la civilización en tanto, por lo general, no contribuyen al enriquecimiento orgánico del yo sino que son ajenas por lo que se accede artificialmente a ellas.

Otro aspecto interesante del análisis del autor sobre este tema es que considera la articulación entre interacción social y formas de comportamiento. La vida

social genera estilos de vida; y teniendo en cuenta la contradicción entre el conjunto social y la diversidad que expresa la pertenencia a grupos particulares, clases o profesiones, podemos apreciar uno o varios estilos de vida en una sociedad.

Su concepción de sociedad, no como estructura a priori sino como la misma acción recíproca; vale decir que no trasciende o está por fuera de los individuos sino que hay sociedad en tanto los hombres actúan recíprocamente, le permite destacar el fluir de los acontecimientos. Es en la interacción recíproca que los individuos van generando formas estables de relación y a la vez se van modificando, entonces podemos apreciar distintas formas de acción recíproca y distintos estilos de vida.

Simmel encuentra en las manifestaciones más triviales del comportamiento humano marcas del mundo social. En su ensayo *Las grandes urbes y la vida del espíritu* (1903), muestra cómo los estímulos que la vida moderna ofrece generan formas de comportamiento que tipifican al "urbanita".

En este ensayo, describe los cambios psicológicos que provoca la vida en las grandes urbes. Las ciudades, sede de la economía monetaria, generan un tipo humano: el urbanita; cuya forma de actuar se basa en el entendimiento en lugar del sentimiento. Las relaciones de intercambio son impersonales, ya que el productor y el consumidor no entran en contacto. La gran cantidad de estímulos nerviosos y la desconianza ante un mundo desconocido hacen que los hombres actúen con indolencia y reserva, provocan un embotamiento de los sentidos. La apatía, incluso antipatía, representan un mecanismo de defensa ante la avasallante estimulación que esta vida produce. Estas formas de comportamiento se deben a que los hombres forman una masa, están muy cerca unos de otros, pero esta cercanía física los hace distantes a nivel psicológico, porque la comunicación no se da más que por esa forma de interacción que es el intercambio. La insatisfacción y la tensión nerviosa son propias de la vida moderna, los permanentes y rápidos cambios de estímulos generan un aumento

del nerviosismo, que se manifiesta en la personalidad neurasténica.

En la medida en que los grupos crecen ya no necesitan de gran cohesión interna, lo que permite al individuo una mayor libertad de movimiento. La división del trabajo es también un factor que favorece el desarrollo de peculiaridades individuales. El urbanita, nivelado a la muchedumbre adquiere mayor independencia, es libre interiormente.

Por un lado, la vida se hace más fácil porque todo se ofrece resuelto, pero a su vez se hace más dependiente. Las dos formas de individualismo "alimentadas" por las grandes urbes son la independencia personal y la singularidad, al mismo tiempo que la pérdida de autonomía frente a la sociedad.

La vida comunitaria, formada por estamentos con destinos grupales prefijados, no permitía el desarrollo individual. En la sociedad moderna el hombre se independiza y adquiere posibilidades de autodeterminación, la individualidad es producto de la reacción ante la nivelación de la vida y las tendencias unificadoras que formas de relación social como la moda imponen. El precio de ese mayor desarrollo individual es el debilitamiento de lazos afectivos con la comunidad.

El autor estudia la economía monetaria desde una perspectiva social, el dinero, que es un medio de intercambio, al generalizarse imprime su sello en la interacción social; esto trae como consecuencia que la forma predominante de interacción sea el intercambio (forma que supone pérdida y beneficio, si bien todas las formas de interacción social implican un sacrificio, en esta es mayor y constante). Los efectos de la economía monetaria se ven en el mundo interior de los actores, en formas de comportamiento y en la cultura objetiva como un todo. El dinero es el símbolo por excelencia que marca el espíritu de la época. Si todo intercambio es por medio del dinero, se hace necesaria la cuantificación de las cosas, lo que lleva al predominio de lo cuantitativo sobre lo cualitativo.

En *Filosofía del dinero* hace un paralelismo entre el desarrollo de la economía monetaria y el de la inteligencia. La energía espiritual característica de la

economía monetaria es el entendimiento, en oposición al sentimiento.

La inteligencia es la representación adecuada o inadecuada, la conciencia de los contenidos del mundo, por lo tanto funciona como medio para entender esos contenidos. El entendimiento es diferente a la voluntad por su falta de carácter. En la sociedad moderna el entendimiento está por sobre la voluntad. Nuestra relación con la ciencia nos hace percibir cosas distantes, por el avance de la técnica las mismas se nos aproximan. El dinero permite acercar lo lejano, por esa razón tiene gran importancia en el estilo de vida moderna, es el medio por excelencia y se transforma en un fin en sí mismo.

El hombre se mueve siempre entre las categorías medio y fin, lo que ocurre es que no hubo otra época en la historia en la que las instancias mediatas alcancen tal fuerza.

El medio contiene la dificultad de consumir para sí fuerza y conciencia que no se orienta hacia él, sino hacia otra cosa. El problema de las sociedades modernas es que al invertirse medios y fines, permanecemos en una constante insatisfacción. Al no centrar la existencia en fines últimos, se buscan satisfacciones momentáneas que llevan a una permanente intranquilidad.

Este carácter de la vida moderna es consecuencia de la preponderancia de la ciencia y la técnica a la que hacíamos referencia, que imprimen un tipo personal intelectualista achatando todo lo emotivo, o dejando esos aspectos como residuos personales que no tienden a ningún fin. Esta situación provoca la sensación de que el sentido de nuestra vida está fuera de nuestro alcance.

El dinero entonces es el articulador, conector de todas las relaciones de intercambio, que es lo mismo que decir de todas las relaciones sociales. El autor va a considerar que este medio de cambio se va a convertir en el guardián de lo más íntimo, porque permite elegir libremente las cosas que nos interesan, porque la objetivación nos libera de todo compromiso y al mismo tiempo nos resguarda la intimidad del yo.

Hasta aquí nos hemos referido al concepto de cultura y al modo en que se produce, se manifiesta y se accede a ella; ahora veremos el planteo del autor en relación a los efectos de la producción de objetos culturales.

2. La contraposición entre cultura subjetiva y cultura objetiva: entre lo anímico y las cosas

Como habíamos visto, Simmel plantea que el fenómeno de la cultura se produce en una conjunción entre el alma subjetiva, que despliega sus potencialidades y su resultado, que es alma objetivada. Estos dos aspectos: el subjetivo y el objetivo, forman parte del dualismo de la vida integral, que se manifiesta en todos los ámbitos de la existencia. En su ensayo: *La moda*, considera que esta forma es parte de ese dualismo que se manifiesta entre el individuo y el grupo, que tiende a la unión y la diferenciación; también al interior del sujeto, que busca encerrarse en sí mismo pero a su vez necesita abrirse a los otros; en el orden biológico en la herencia y variación; en el fisiológico a través de la quietud y el movimiento; e incluso en el político se expresa en el individualismo y el socialismo.

Ese dualismo sujeto-objeto, que nunca cierra del todo, es el basamento de lo que denominará *"tragedia de la cultura"*: *"Ahora bien, en el interior de esta estructura surge una grieta que, ciertamente, ya está puesta en su fundamento y que a partir de la síntesis sujeto-objeto, a partir de la significación metafísica de su concepto, hace surgir una paradoja, más aún, una tragedia. El dualismo de sujeto y objeto, el cual presupone su síntesis, no es sólo, por así decirlo, un dualismo substancial, que concierne al ser de ambos, sino que la lógica interna según la cual se desarrolla cada uno no coincide de ninguna manera de una forma autoevidente con la del otro."*¹

Producciones que nacieron de la vida social, al desarrollarse se fueron cristalizando como objetos independientes de la voluntad de los hombres que las crearon. Así sucede con la justicia, la burocracia, la técnica o la ciencia. En cuanto a ésta última el autor señala su fetichización: *"Aquí se fundamenta el servicio*

fetichista que desde hace mucho tiempo se pone de relieve con el "método": como si una realización fuera ya valiosa sólo por el carácter correcto de su método; este es el muy astuto medio para la legitimación y tasación de múltiples trabajos que están ligados por el sentido y conexión del desarrollo cognoscitivo, sentido y conexión aprehendidos de una forma excesivamente generosa".²

El método científico se autonomiza de las experiencias de la vida, generando un saber encerrado en su lógica, superfluo para las necesidades cotidianas. Se valora el trabajo científico por la corrección del método y no por el saber que genera, a esto llama el autor saber superfluo.

Los productos culturales, se desprenden de los sujetos que los crean, se independizan constituyéndose en algo exterior, extraño al productor, algo que lo domina. Esta cosificación se profundiza en las sociedades modernas, donde los productos culturales, a medida que se van desarrollando, forman series que funcionan con una lógica propia, constituyendo esferas particulares, autónomas. Es evidente este fenómeno en el caso del derecho, que se constituye en un campo formal que domina a los hombres y regula la vida social. La administración pública en los Estados modernos, la burocracia, se desarrolla a tal punto que funciona como una maquinaria impersonal.³ En todos los casos, estas ramas de la cultura se fueron constituyendo a partir de criterios racionales, pero en sus efectos, por la pérdida de sentido que presentan, parecen irracionales. La preponderancia que adquieren, por su desarrollo objetivo, impone un modo de pensar y actuar, un estilo de vida, como hemos visto, marcado por el intelectualismo, donde el cálculo, la lógica, predominan en detrimento de otras capacidades espirituales que quedan al margen.

"La aparente igualdad con que toda materia de enseñanza se ofrece a cualquiera que desee aprenderla es en realidad una ironía sangrienta, como todas las otras libertades del liberalismo que no impiden al individuo beneficiarse de los bienes de todo tipo, pero olvidan que solamente quien tiene ventaja por alguna circunstancia

podrá apropiárselos".⁴

Como vemos se trata de una nivelación formal que no implica igualación social. La objetividad impuesta por la economía monetaria nivela por el intelecto, los conocimientos racionales son comunicables universalmente y correctos para todos. La ciencia se impone y en la medida en que tiende a la universalización de sus mecanismos objetivos somete toda la realidad a su dominio por la eficiencia e incuestionabilidad de la lógica. Pero, la validez universal de la inteligencia genera la atomización de la sociedad y es este el suelo en el que crecen el individualismo y el egoísmo. Sobre tal nivelación se agudizan las diferencias.

La igualdad, fundamento formal de las relaciones entre los hombres, pasa a ser el medio para expresar de forma más aguda las diferencias y desigualdades individuales.

Es más, la elevación del nivel general de conocimientos en una sociedad no iguala, sino que profundiza las diferencias, lo mismo ocurre con el dinero que funciona como símbolo de las relaciones sociales.

Simmel afirma que en estas dos esferas: el dinero y la inteligencia, la universalidad lógica y de contenido no coinciden con el sentido práctico social, en cambio en otras esferas como la moral, la religión o el arte pueden coincidir. En el caso del arte porque aspira al reconocimiento universal subjetivo, en la religión porque la necesidad de entrega a Dios nos redime de lo meramente personal; también los mandatos morales son válidos para todos sin tener en cuenta los rasgos individuales.

En el caso del derecho, su procedimiento formal, indiferente a aspectos singulares, evoluciona según normas propias y autónomas vale decir que no contempla las particularidades.

El principio del cálculo es el que marca el modelo universal de comportamiento, todas las relaciones son de intercambio; se contabiliza el cuerpo y el alma porque el rasgo psicológico de esta época es producto de la economía monetaria. Todo se regula, se mide, el reloj es un objeto que representa este modo de vida, marca el transcurrir del tiempo permitiendo orden y

previsibilidad.

Este desarrollo autónomo de las esferas culturales es uno de los problemas que señala Simmel en relación al dominio que ejerce la cultura objetiva sobre la subjetiva; otro aspecto que hace a este fenómeno es el predominio cuantitativo de la cultura objetiva. No sólo que no podemos asimilar o conocer todos los productos culturales que nos rodean sino que no podemos imaginar siquiera como fueron producidos. En cualquier artefacto técnico hay más cultura acumulada de la que puede asimilar un hombre durante su vida.

En cuanto a las producciones espirituales, estamos rodeados de construcciones simbólicas de las que sólo accedemos a una mínima parte. El devenir histórico hace que las producciones culturales al acumularse se independicen y dominen a los hombres. Estos aspectos marcan el predominio de la cultura objetiva sobre la subjetiva. Hacen que en la época contemporánea predomine el hombre culto sobre el hombre cultivado.

Como afirma el autor, en el siglo XVIII la educación se orientaba hacia la formación del ser humano, en el siglo XIX quedó restringida a la idea de formación, vale decir transmisión de conocimientos objetivos. Esta tendencia agudiza la separación entre la vida y los contenidos culturales fragmentarios. Para el autor, perdemos la posibilidad de percibir la conexión de los elementos que forman la totalidad.

Debemos destacar una función que podemos caracterizar como "positiva" de la cultura objetiva, o al menos necesaria en sociedades donde predomina lo que Simmel, en su ensayo sobre *La moda*, considera el "tempo impaciente", ese ritmo cambiante que agudiza el devenir. La cultura objetiva proporciona estabilidad al fluir de la vida.

La objetivación del espíritu permite la conservación y acumulación de la producción humana, el autor, en *Filosofía del dinero*, remite a la biología para caracterizar este proceso; la cristalización de las producciones subjetivas hace durables y transmisibles los productos que se generan en el marco de la futilidad del fluir de la vida, entonces convierte en hecho histórico algo

tan dudoso como la "heredabilidad de los caracteres adquiridos".

Ese espíritu objetivado sólo adquiere significación al pasar a formar parte de la vida de los individuos. Sólo un fragmento de la producción cultural históricamente desarrollada puede pasar a ser apropiada por el espíritu subjetivo. La cultura objetiva es mucho mayor que los contenidos de cada uno de sus elementos incorporados en el individuo, en primer término por la inabarcabilidad por parte de los sujetos singulares de las producciones sociales, que los exceden cuantitativamente y en segundo lugar por la inaccesibilidad debido a la autonomía que adquieren.

La división del trabajo es un factor que intensifica la separación entre cultura subjetiva y objetiva. Esta nueva forma de organización del trabajo provoca consecuencias en la producción cultural que surte efectos en el yo; el sujeto no se desarrolla armónicamente porque produce unilateralmente, despliega algunas habilidades o algún aspecto separado del núcleo de su personalidad. Vale decir que al interior del individuo se reproduce el mismo fenómeno de inabarcabilidad establecido entre el alma subjetiva y los productos culturales objetivados en el marco social. Asimismo ocurre que los sujetos no pueden significar en una totalidad lo producido, que es un fragmento, entonces se generan productos autónomos porque esta forma de producción afianza el perfeccionamiento de aspectos que no hacen al núcleo de la personalidad. Entonces el producto no encuentra su significación como proyección del alma subjetiva que lo creó sino que significa en sí mismo, como objeto aislado o formando parte de una constelación cultural autónoma.

La obra de arte es un objeto cultural que escapa a esta determinación; representa una unidad cerrada, una totalidad autónoma. El hermetismo de la obra de arte implica que en ella se manifiesta una espiritualidad subjetiva y la conexión entre la totalidad de la obra y la unidad espiritual subjetiva es la manifestación del rechazo a la división del trabajo. El arte presenta una particularidad entre todos los objetos culturales, establece una distancia "distinta" entre el

yo y su realidad. Por un lado, nos acerca a la realidad, nos permite percibirla en su sentido último, pero por otra parte nos aleja de la inmediatez de las cosas. La tensión entre estas dos experiencias es lo que le da a la obra de arte su carácter particular.

Una de las manifestaciones del carácter de lejanía de la obra de arte es el estilo, expresión del movimiento interno de la obra, que envuelve lo individual en lo general.

Pero, esta tendencia interna que percibimos simbólicamente como distancia, no es excluyente del arte en las sociedades modernas, también nuestra relación con la ciencia nos hace percibir cosas lejanas, como vimos, las distancias se acercan por el avance de la técnica. El dinero es un factor cuya función es también acercar cosas lejanas, por eso adquiere gran importancia en el estilo de vida, transformándose en un fin en sí mismo.

El incremento de la cultura objetiva provoca la ampliación del consumo, que se multiplica con la especialización y la producción masiva. El consumo articula la cultura objetiva con la división del trabajo, ésta última, como veníamos viendo, profundiza la separación entre el producto y el productor. Es así que este fenómeno provoca un mayor desarrollo de los dos aspectos que hacen a la "tragedia de la cultura": la inabarcabilidad y la autonomización de la cultura objetiva con relación a la cultura subjetiva.

La producción es alienada en cuanto a los instrumentos, al trabajo mismo, ya que se ha convertido en mercancía y finalmente alienada con respecto al producto que no pertenece al trabajador.

La mercancía adquiere cualidades propias que le proporcionan autonomía. Aquí encontramos una alusión directa al concepto de fetichismo de la mercancía elaborado por Marx, en el que Simmel se inspiró para estas reflexiones.

En *El concepto y la tragedia de la cultura*, hace referencia a esa idea para afirmar que el carácter fetichista que atribuye Marx a las mercancías es un caso más del destino general de nuestros contenidos culturales. Da el ejemplo de la filología para explicar cómo esta

disciplina se ha desarrollado y perfeccionado de tal modo que queda desprendida de las condiciones culturales y necesidades sociales de su época por lo que esa hiperespecialización se constituye en un saber superfluo al perder significatividad social. Estas observaciones son las que lo llevan a establecer que el método científico se constituye en un fetiche. Existe un umbral de posibilidad para el aprovechamiento de los trabajos científicos.

La autonomización, como vimos, genera un saber superfluo, pero al mismo tiempo necesidades artificiales. La fabricación de algunas manufacturas puede crear productos colaterales que en realidad no estaban previstos ni considerados necesarios, sino que obedecen a la presión por maximizar la utilización de los componentes manipulados, así surge la oferta de nuevas mercancías que generan necesidades artificiales. Algo similar ocurre con la ciencia, esto explica la generación de saberes innecesarios o superfluos.

En otras épocas las herramientas eran la continuidad del brazo del trabajador; con la especialización, la máquina como totalidad encierra múltiples conocimientos y realiza cada vez más funciones, por lo que supera al hombre como poder autónomo frente al trabajo.

Este proceso de objetivación de los contenidos culturales finalmente se expande a la vida cotidiana. En el hogar, el ama de casa siente esa misma opresión hacia los objetos de uso doméstico.

Otra modalidad en que vemos incrementarse la cultura objetiva es en la proliferación de estilos. La especialización hace que objetos culturales como viviendas, decorados, libros, etc., se presenten en diversos estilos. Se generan una multiplicidad de estilos que se vuelven autónomos con respecto a las representaciones subjetivas perdiendo la relación directa entre sujeto y objeto. El yo se encuentra frente a diferentes creaciones que se le presentan según normas propias, estableciendo contactos casuales, armonías o desavenencias.

Como afirmáramos anteriormente, la división del

trabajo y la especialización no sólo afectan al ámbito de la producción de bienes sino también al consumo, tanto los productores como los consumidores se hallan encerrados en las determinaciones que estos procesos imponen.

No obstante, el autor encuentra que este proceso no es uniforme. No todos los planos de la cultura objetiva se despliegan con igual intensidad, así podemos observar en instituciones como el matrimonio o la religión una contradicción entre el avance y la diversificación de la cultura por un lado, y la persistencia de la rigidez de ciertas prescripciones y del dogmatismo por otro.

Simmel encuentra en el Estado Moderno una clara manifestación de autonomía provocada por la división del trabajo y que lo convierte en esencia "*sub-personal y supra-personal*". Esta institución actúa separada de los individuos libres y los somete, no en su totalidad sino que ejerce su coacción sobre algunos aspectos de su personalidad, que es considerada como una unidad diferenciada. Esto hace que funcione en forma automática y enfrentado a los individuos, también podemos observar este fenómeno en otras instituciones.

Esto se debe a que, al construir el Estado, los hombres no lo hacen como seres humanos en su totalidad, conceden una fracción de sí y de sus fuerzas a dicha institución, y con otros aspectos de su personalidad participan de otras esferas, entonces, el conjunto de su personalidad no queda atrapado en ninguna en particular. Vale decir que el Estado es producto de la síntesis de fracciones de subjetividades que se constituye en una esfera particular y autónoma.

En la evolución de la cultura prevalecen los medios por sobre los fines. El dinero, que es el medio por excelencia, pasa a ser un fin en sí mismo. Esta inversión de medios y fines provoca un estado de alienación, un sin sentido, a la pérdida de los fines últimos. Como hemos visto, nuestra existencia se vuelve opaca por esta pérdida de fines, se genera un estado de permanente insatisfacción, el cálculo ha reemplazado a los fines espirituales, esta situación nos lleva a buscar

satisfacciones momentáneas, actividades nuevas que brinden algo de excitación a los espíritus impregnados de hastío por ser indiferentes a la naturaleza de las cosas. La economía monetaria no sólo nos ha hecho esclavos del proceso de producción, sino también de los productos. De esta organización social se deriva la importancia del dinero.

*"En parte debido a la pasión que su deseo despierta, en parte por su vacío interno y su mero carácter transitorio, el dinero pone claramente de manifiesto la carencia de sentido y las consecuencias de aquella interpolación teleológica; en este sentido, pues, el dinero es, únicamente, la manifestación gradualmente más elevada de todas aquellas y ejerce su función de distanciarnos de nuestros objetivos de modo más puro y más completo que las otras instancias técnicas de mediación, pero no de forma fundamentalmente distinta; el dinero, por tanto, no se muestra como algo aislado, sino como la expresión más perfecta de tendencias que se manifiestan por debajo de él en una serie sucesiva de fenómenos."*⁵

Pero, por otro lado el autor señala que el dinero trasciende esta serie, atraviesa todos los órdenes como medio de los medios. Unifica todas las relaciones operando como "primus-Inter-pares" de los distintos órdenes de la existencia y al mismo tiempo está por encima de todos, atravesando todas las fuerzas singulares. En este sentido hace una analogía con la religión que también es una fuerza en la vida, forma parte de la vida y a la vez está por encima, como poder unificador autosuficiente sobre los seres particulares.

El autor articula las prácticas sociales con sus expresiones a nivel simbólico, así como el individualismo y la libertad se constituyeron a partir de experiencias históricas, siendo expresión de la escisión del yo que va a estar atado a la sociedad por los hilos invisibles del mercado y se sentirá libre en su vida privada; el relativismo es la expresión, en el plano de las ideas, de la forma en que se producen las interacciones sociales, en el intercambio monetario todo fluye, todo es relativo

3. Consideraciones finales:

El concepto de cultura elaborado por Georg Simmel contiene una complejidad que contempla tanto los aspectos subjetivos, de lo que él denomina anímico, que nos permiten pensar la dimensión creativa y singular de la producción cultural; como los aspectos objetivos, aquellos que hacen al producto elaborado, su cristalización tanto material como ideal que lo convierten en un producto autónomo, que trasciende la coyuntura de su elaboración, va más allá del sujeto o los sujetos que lo crearon.

Contempla en su análisis la cultura desde su producción como desde su asimilación, estableciendo las posibles formas de experiencia de acceso a la misma en los tipos del hombre culto y el hombre cultivado.

Al señalar la especificidad que adquieren las creaciones culturales en la sociedad moderna, establece la particularidad de las producciones artísticas en relación a otras formas culturales.

En los albores del siglo XX, en pleno proceso de constitución de la sociedad de masas puede captar la peculiaridad del desarrollo cultural. Lo hace desde una perspectiva crítica mostrando el desarrollo de formas como la burocracia o el derecho que se constituyen como esferas autónomas y dominan al hombre.

El autor muestra una sensibilidad muy particular para describir cómo el cálculo racional invade las distintas esferas culturales, explicando este proceso histórico, enmarcado su análisis en el desarrollo de la economía monetaria, la división del trabajo y la especialización que esta conlleva.

Con gran lucidez articula ese proceso social en el que la forma de producción e intercambio generan un estilo de vida, una forma de subjetividad. Se detiene en la crítica de estos procesos retomando el concepto de fetichismo de la mercancía de Marx para analizar las formas culturales. Sin haber conocido el manuscrito de este autor sobre el trabajo alienado llega a conclusiones similares para pensar la producción y circulación cultural, destacando la dominación que ejercen esos productos, creados por el hombre, pero que, una vez cristalizados se independizan y lo enfrentan.

Siempre desde los opuestos, desde una dialéctica sin resolución circulan sus elaboraciones conceptuales; esto es lo que da un contenido trágico a las experiencias culturales.

La originalidad de su análisis radica en que toma algo superficial como el dinero, y lo considera como símbolo de las mediaciones infinitas de la vida moderna.

Establece con claridad los efectos de la modernización en la cultura desde la idea de "tragedia de la cultura". La cultura objetiva se vuelve en contra de la cultura subjetiva. El avance de la misma hace que las cosas sean cultas y los hombres incultos.

Las esferas ideales se autorregulan y pierden significatividad para los sujetos. Se produce una hipertrofia de la cultura objetiva y una atrofia de la cultura subjetiva.

Hay dos aspectos que hacen a la tragedia de la cultura:

- La inabarcabilidad de la cultura: el gran desarrollo de las distintas esferas culturales hace que ningún hombre, en el transcurrir de su vida, pueda acceder a la totalidad de la cultura de su época, esto lleva a la impotencia y al hartazgo. Solo se puede conocer fragmentariamente.

- La autorregulación de las esferas ideales: las distintas esferas culturales se desarrollan con una lógica propia donde no puede haber contradicciones, entonces se alejan de la vida cotidiana.

Creemos que el valor de esta obra reside en su capacidad crítica, en la originalidad de haber planteado los efectos del desarrollo de la economía monetaria en la cultura, mediante la articulación que propone entre formas de interacción y rasgos psicológicos y finalmente por la vigencia de este pensamiento para pensar el dinamismo de la vida social.

Notas

1. SIMMEL, Georg, "El concepto y la tragedia de la cultura", en *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, ediciones Península, Barcelona, 1988,

p. 219.

2. Ibidem, p. 226.

3. Estas reflexiones influyeron en los análisis de Max Weber sobre el proceso de racionalización y burocratización en Occidente, para ver la relación de Weber con Simmel recomendamos la lectura de Vernik, Esteban: *El otro Weber* y de Cohn, Gabriel, *Crítica y resignación*.

4. SIMMEL, Georg, *Filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977. p. 551.

5. Ibidem, p. 612.

Bibliografía

- FRISBY, DAVID, *Georg Simmel*, Fondo de cultura económica, México, 1993.

- RITZER, GEORGE, *Teoría sociológica clásica*, Mac Graw Hill, México, 1993.

- SIMMEL, GEORG, *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Península, Barcelona, 1998.

- SIMMEL, GEORG, *Sobre la aventura. Ensayos filosóficos*, Península, Barcelona, 1988.

- SIMMEL, GEORG, *Filosofía del dinero*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1977

Registro Bibliográfico

MORRESI, Zulema

"Georg Simmel: aportes para pensar

el devenir cultural", en *La Trama de la Comunicación Vol. 12, Anuario del Departamento de Ciencias de la Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario. Argentina. UNR Editora, 2007.